

escribía. Y al presidente que le hizo cargo de aquel atentado, respondió que no tenía mas causa para esta acción, que la execrable sentencia que acababa de oír contra Marcelo. Mandó encarcelar, y habiendo él confesado la fe, en el mismo sitio donde fué ejecutada la sentencia de Marcelo, fué degollado contra él y por la misma causa el día 3 de diciembre.

Recogieron los cristianos el venerable cuerpo del ilustre mártir en el silencio de la noche, y habiéndole embalsamado, le dieron sepultura con la cautela que permitían aquellas edades calamitosas.

Muy presto se extendió por todo el mundo la gloria de este martirio. Hacen de él memoria Adon y Usuardo y Wandetberto que floreció hácia la mitad del siglo ix. Este último escritor añade sin apoyo ninguno que junto con Marcelo padecieron otros doscientos veinte mártires africanos. Nuestra Iglesia muy de antiguo celebra su fiesta. El himno de vísperas que en su oficio conserva el Breviario gótico, es justamente alabado por su elegancia. En Leon se celebra su fiesta el día 29 de octubre, en otras partes hoy. Esta variedad pende de la que hay en las actas acerca del día de su martirio.

Después que D. Alonso el Católico echó los moros de Leon, se edificó en aquella ciudad una iglesia con la advocación de S. Marcelo. Edificóla D. Ramiro I fuera de los muros junto á la puerta que se llamó *Cauriense*, y después *Cureses*, entre el antiguo monasterio de S. Miguel y el de los mártires S. Adrian y santa Natalia. Reedificóla á fines del siglo xi el obispo D. Pedro, y junto á ella se erigió un hospital que aun existe. Esta iglesia estuvo en poder de los reyes hasta D. Sancho el Gordo, que hizo donación de ella á la catedral de Sta. María de Regla. Hállase también con título de monasterio en el Necrologio antiguo Legionense. Ahora es parroquia, y tiene la buena dicha de poseer el cuerpo del santo mártir, traído de Tãnger á Leon en tiempo de los reyes católicos en el año de 1493 por la diligencia de cierto presbítero llamado Isla. No lejos de esta iglesia hay un oratorio reverenciado por tradicion como sitio donde estuvo la casa del santo mártir.

#### SANTA NONA Ó NONIA.

NUESTROS historiadores tienen comunmente recibido que el santo mártir y centurion Marcelo, cuya historia precede, fué casado y tuvo por mujer á Sta. Nona ó Nonia, como otros escriben. No hay noticias particulares de esta Santa en escrituras antiguas, y solo se sabe de ella lo que ha conservado la tradi-

ción, que el ilustrísimo Trujillo obispo de Leon refiere de este modo. «La noble y bienaventurada Nonia fué mujer del valeroso centurion S. Marcelo mártir. Tuvieron los dos del matrimonio doce hijos que todos murieron con insignes martirios en poder de crueles tiranos por la fe de Jesucristo. Y hase de creer, que quien tan buen marido tuvo y tan santos hijos crió, que ella fuese santísima mujer, y que quien tan bien los habia criado y doctrinado para la muerte por Cristo, los imitaria y animaria como la Macabea, y las santas Sinforosa y Felicitas á los suyos. Traspasóle las entrañas el cuchillo de dolor, porque vió la muerte de su marido y de algunos hijos. Y viéndose ya sola (como en Leon es tradicion muy recibida), pidió á nuestro Señor se sirviese de que acabase con esta vida, y la llevase á gozar de sus infinitos bienes con su marido é hijos. Concedióselo nuestro Señor, y fué servido sumirla en la tierra, adonde quedaron por su memoria y acuerdo en esta ciudad un pozo, y una pequeñuela ermita y altar, que han sustentado esta tradicion juntamente con una hermandad antigua de cofrades honrados de ella, que tiene su advocacion, y fundacion de aquella ermita.» Vaseo hace tambien memoria de esta tradicion citando á L. Marineo Siculo, el cual en el lib. 3 de *Reb. Hisp.* pone un capitulo en que trata de S. Marcelo y Sta. Nona, atribuyéndoles once hijos mártires. Dice luego de la madre lo que se sigue: *Quos cum S. Nona vidisset extinctos, unicum filium parvulum brachio complexa, flexis genibus, et multis persusa lachrymis Deum oravit, ut eam cum filio à vitæ periculis eriperet. Et cum hoc dixisset, repente lacus exortus est, qui statim matrem cum filio divinitus absorbit. Cujus aquam bibentes infirmi sanantur, ubi Legionensis civitas circa lacum templum edificavit, quod S. Nonæ dicitur. (Risco, t. 34. pag. 350.)*

#### LOS SANTOS CLAUDIO, LUPERCIO Y VICTÓRICO, MÁRTIRES (\*).

Todos los hijos del esclarecido mártir S. Marcelo se derramaron por España, á escepcion de los tres cuya fiesta celebramos en este día, Claudio, Lupercio y Victórico, á quien llaman otros Victorio; de los cuales consta con mayor certeza haber pertenecido á esta santa familia. Quedáronse pues en Leon, patria suya, donde padecieron por la fe con invencible constancia. El caso pasó

(\* Véanse las Actas de estos Santos Mártires publicadas por el M. Risco t. 34, pag. 407, y las Observ. de este historiador, *ib.* pag. 353.

de esta manera. Cuando Diocleciano y Maximiano publicaron la persecucion contra la santa Iglesia, se hallaba en Leon el prefecto de la provincia y presidente de la legion séptima Gemina, una de las instituidas por César Augusto (\*). Desde luego mandó este ministro que todos los vecinos de aquella ciudad se juntasen á ofrecer sacrificios á los ídolos en un dia y sitio determinado. No pudo ocultarse en esta ocasion la virtud y doctrina que respaldaba en estos tres santos hermanos, educados en ella desde su tierna edad por S. Marcelo y Sta. Nona sus padres. Habiendo entrado el prefecto en el pretorio que estaba á la parte meridional de la ciudad, dijo que en ella sabia haber algunos enemigos del culto de los dioses, y que mandaba que se los presentasen. Como no citaba persona alguna, nadie le respondia. Es trechando él mas su mandato, fueron á la casa de los tres mancebos, que estaba cerca de la puerta Cauriense, donde hay ahora un oratorio. Halláronlos orando y preparándose para la persecucion que les amenazaba. Llegados al pretorio, y preguntados por la religion que seguian, á una dijeron al prefecto: «¿Qué motivo tienes tú para mandar que seamos presentados á tu audiencia? Los tres que ves delante de tu tribunal, estamos aparejados á perder la vida en honra de la beatísima Trinidad. Pregunta lo que quisieres, que prevenidos nos tienes á cumplir aquel oráculo divino que dice: el que tiene edad hable por sí; y el mismo Dios, en quien confiamos, nos dará palabras y sentencias para responderte.» Dijoles el prefecto: «Siendo los emperadores obedecidos de tanta gente, ¿solo de vosotros han de ser despreciados?» Respondieron ellos: «Tú crees que los tres solos resistimos á vuestra infidelidad é idolatría, porque no teniendo sino los ojos de la carne, no puedes ver como nosotros la innumerable multitud de ángeles, que lejos de adorar vuestros falsos dioses, los miran con abominacion y menosprecio. — ¿Y en quien confiais vosotros? dijo el presidente. — Si deseas saber eso que preguntas, respondieron los santos, podemos y queremos enseñarte una verdad la mas digna de entenderse. Nuestra confianza está colocada en Dios Padre omnipotente, que hizo el cielo y la tierra, con todo lo que contienen, y en Jesucristo su único Hijo, y en el Espíritu Santo, que son un solo Dios en Trinidad de personas. Esta fe y confianza nos da fuerza para que puestos en esta pelea podamos vencer los tormentos, el poderio de los emperadores romanos, y á tí á quien ellos han constituido en

(\*) Era conocida esta legion con los nombres de *Gemina*, *Piá*, *Felix*. Vino á España á fines del siglo I.

ese empleo de presidente.» Y como el prefecto en su réplica injuriase la ley de Jesucristo, dándole el nombre feo de perversidad, dijeron los Santos: «La perversidad no está en nuestra ley, sino en tí, que niegas á tu Criador, y te glorias de poner tu amor en las criaturas. Nosotros no sabemos, ni podemos temer la muerte de estos cuerpos miserables, sino solo la del alma, cuya vida no cae bajo la potestad y jurisdiccion de vuestros emperadores. Así que no tardes en hacer de nosotros lo que piensas, y lo que te inspira tu padre el diablo: que dispuestos estamos á padecer por Cristo, que á tí y á tus emperadores condenará al fuego eterno.»

Grandemente se enojó el juez con esta respuesta; pero no queriendo ponerles en ocasion de que campease su constancia, y fuesen otros por este medio convertidos á la fe, mandó que los degollasen. Los santos mancebos oida la sentencia se llenaron de júbilo, y dieron gloria á Dios que los escogia para padecer por su nombre. Llegados al lugar del suplicio, se desnudaron, y ofrecieron sus ropas á los ministros de justicia, y puestos de rodillas y alabando á nuestro Señor les cortaron las cabezas el dia 30 de octubre del año 303. Sus cuerpos fueron enterrados en el mismo sitio por algunos cristianos deudos suyos que vivian en el arrabal de Leon.

Es creible que venida la paz á la Iglesia en el imperio de Constantino, procurarian los fieles de aquella ciudad dar á estos siervos de Dios el culto que se tributaba á otros mártires, erigiendo algun templo sobre su sepulcro. Mas adelante se fundó en aquel sitio un célebre monasterio, de cuyo principio nada se sabe. Solo consta que existia ya cuando los arrianos tenian apestada nuestra península. En él vivieron monges de esclarecida santidad todo el tiempo que duró el reinado de los godos. En la entrada de los moros en Leon fué casi de todo punto destruido, si bien las sagradas reliquias se conservaron en el mismo lugar sin ser trasladadas como lo fueron otras á Asturias.

Conquistada aquella ciudad por D. Alonso el Católico, parece que se reedificó esta iglesia de S. Claudio; pero como estaba fuera de los muros, no se sabe si por negligencia ó por alguna ruina imprevista vino al suelo toda la iglesia, á escepcion de la capilla y altar principal, donde estaban colocados los cuerpos de los santos mártires. Así permaneció hasta el reinado de D. Ramiro II, quien á sus espensas hizo otra nueva iglesia, adornándola con las alhajas correspondientes. Desde la conquista perteneció aquella iglesia al señorío de los reyes. Duró esto hasta don Ordoño III, el cual donó la iglesia y sus posesiones al obispo

D. Gonzalo y su catedral. Fué esto por los años 954. Acaso desde este tiempo se introdujo en S. Claudio la vida monástica. Milagrosamente preservó Dios este lugar de la profanacion con que Almanzor trató algunas iglesias de aquel reino desde la primavera del año 996. Iba él á entrar á caballo en aquel templo con ánimo de sacar violentamente algunas gentes que en él habia, y en el atrio ó cementerio de él reventó su caballo; con lo cual aterrado aunque era infiel, ofreció su misma tienda, y doce capas de tela muy preciosa, y otros dones á los Santos que allí se veneraban (cuyo suceso se ve pintado al lado del sitio donde se conservan las reliquias de los mismos Santos, y en la sacristía del mismo monasterio se muestra un pedazo del caparazon del caballo, que es de brocado azul y de labor árabe.) Este suceso infundió tal espanto en el ánimo de Abdemelic, hijo de Almanzor, que sin embargo que vino sobre la ciudad de Leon con ánimo de asolarla, no osó tocar esta santa casa, mirándola como defendida por una virtud oculta.

El monasterio permaneció en pié como lo estaba el año 1007, segun consta de una escritura que en él se otorgó en abril del mismo. Pero los sagrados cuerpos permanecian ocultos debajo de tierra hasta fines del año 1173 en que habiendo ido á Leon el cardenal Jacinto, legado de Alejandro III, aprovechándose de tan buena ocasion el rey D. Fernando II y el obispo Legionense don Juan y el abad de S. Claudio D. Pelayo, y toda la ciudad, le pidieron elevase y colocase en mas decente lugar las santas reliquias. Hizose esta traslacion con asistencia de los arzobispos de Santiago y Braga y de otros muchos obispos y abades, quedando colocados los cuerpos de los mártires sobre el altar de la misma iglesia. De los milagros que en este dia obró nuestro Señor por intercesion de sus siervos, hablan las actas de los mismos mártires.

Desde muy antiguo se hacia hoy fiesta en España á nuestros Santos. La Iglesia de Palencia la anticipó al dia 24 por celebrar en el dia 30 el triunfo de la Cruz en la famosa victoria que los cristianos alcanzaron de Albohacen á las riberas del rio Salado, de donde se dió nombre á aquella batalla. (*Risco; tom. 54.*)

#### SAN ASTERIO, OBISPO Y PADRE DE LA IGLESIA.

DE los escritos de este santo prelado sabemos que en su juventud se aplicó al estudio de la elocuencia, y de las leyes, y que asistió por algun tiempo al foro. Pero el amor de Dios no cesaba de levantar en su interior una voz que continuamente le

incitaba á dedicarse de un todo al servicio espiritual del prójimo. En obediencia á este llamamiento renunció á su profesion y á los honores del mundo, y se hizo clérigo. Por muerte de Eulalio, obispo de Amasea, fué unánimemente colocado en la silla metropolitana. Celoso siempre de la pureza de la fe católica enseñaba sus santas máximas, y trabajaba continuamente en inspirar á su grey el perfecto espíritu de religion. El se presentaba en medio de su pueblo como un vaso escogido lleno del espíritu aquel, de cuyos derrames participaba todo su pueblo, como lo pinta S. Gregorio. S. Asterio recomienda en sus Sermones la limosna con una energia que no deja duda de que la caridad con los pobres era su virtud favorita. La avaricia, la lujuria, y todos los demás vicios les pinta con unos coloridos, que poniendo á clara luz su deformidad inspira á los hombres un total aborrecimiento. Vivió este Santo hasta una edad muy avanzada: habla de la persecucion de Juliano como testigo de vista, y sobrevivió al año de 400. Porque en un sermon *Contra las kalendas*, que predicó en el dia de año nuevo, dice, que Eutropio era cónsul en el año anterior, que fué el de 399. Esfuerza altamente su zelo contra los juegos de aquel dia, derivados del paganismo, y declama contra los escesos que con el pretesto de año nuevo se cometian. Los antiguos llaman beato á S. Asterio, y doctor divino que como astro brillante habia esparcido luz en todos los corazones.

Varios sermones de S. Asterio existen todavía, que aunque pocos, son un monumento inmortal de su grande elocuencia y genio, no menos que de su piedad. Sus reflexiones son justas y sólidas; y la espresion natural, elegante y animosa: abunda de vivas imágenes y descripciones tanto de personas como de cosas, que hermosea con agudas comparaciones. Descubre en estas una fuerza grande de imaginacion, un genio maestro y dominante, y que mueve los resortes mas íntimos del alma. Su homilia sobre Daniel y Susana es una pieza maestra de oratoria. En la que escribió sobre S. Pedro y S. Pablo enseña y repite muchas veces la prerogativa de jurisdiccion que recibió S. Pedro sobre todos los cristianos de Oriente y de Occidente; y dice que Cristo mismo le hizo su vicario, y le dejó por padre, pastor y maestro de todos los que abrazasen su fe. En su panegirico de S. Phocas mártir en Sinope, estableció manifestamente la invocacion de los Santos, el honor debido á sus reliquias, las peregrinaciones para orar en sus sepulcros, y los milagros obrados por aquéllas. En el sermon *Sobre los santos Mártires*, dice: «Nosotros conservamos por siglos sus cuerpos decentemente custodiados como

prendas las mas preciosas : vasos de bendicion ; órganos de sus almas bienaventuradas : tabernáculos de sus santos espíritus. Nos ponemos bajo su proteccion. Los mártires defienden la Iglesia como los soldados una ciudadela. El pueblo acude en tropel de todas partes, y honran sus tumbas guardando sus festividades. Todos los que padecen aflicciones acuden á ellos por refugio. Les empleamos como intercesores en nuestras súplicas y oraciones. En estos refugios se curan las enfermedades, se apaciguan las amenazas de los príncipes, todo se remedia.» Describe el Santo la gran magnificencia y concurso del pueblo con que se celebraban las fiestas de los mártires en todo el mundo. Dice que los gentiles y los eunomeos, á los cuales llama nuevos judíos, condenaban el honor debido á los mártires y á sus reliquias: y responde á sus argumentos, que los cristianos de ningún modo adoran á los mártires, sino les honran como adoradores que son y fueron del verdadero Dios. Que tienen sus cuerpos en ricas urnas ó sepulcros, para estimularnos á la imitacion de sus virtudes. Ni esta devocion nuestra deja de tener su recompensa, porque gozamos de su poderosa intercesion con Dios, etc. Añade que los eunomianos no honran á los mártires porque blasfeman del rey de los mártires mismos, haciendo á Cristo desigual al Padre. Díeles que debian ellos á lo menos respetar la voz de los demonios mismos que se ven obligados á confesar el poder de los mártires. «Aquellos, dice, á quienes hemos oido ladrar como perros, y que han estado poseídos de un frenesí, y vuelven al uso de sus sentidos, prueban con sus caras cuan poderosísima es la intercesion de los mártires.» Concluye pues este sermón con un apóstrofe devoto, y lleno de confianza á los mártires mismos. Véase á Phocio, *Bibl. Cod. 271.* (Butler.)

*La misa es en honor de Sta. Pelagia, y la oracion la siguiente:*

Oyenos, ó Dios, salud y vida nuestra, para que así como la solemnidad de tu bienaventurada Pelagia nos da una verdadera alegría, así esperemos tambien el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor, etc.

*La Epistola es del cap. 5 de la de S. Pablo á los efesinos.*

Hermanos: Cuidad de caminar cautamente: no como ignorantes, sino como sabios, recobrando el tiempo, porque los

dias son malos. Por tanto, no ded cual sea la voluntad de seais imprudentes, sino entened Dios.

### REFLEXIONES.

*Rescatando el tiempo, porque los dias son malos.* Comprase el tiempo cuando se sacrifican la quietud, las conveniencias, los bienes y los gustos de esta vida para lograr tiempo de vacar al negocio de la propia salvacion, que es el único necesario de este mundo. Todo se conjura para robarnos un tiempo tan precioso, ó por lo menos para hacérsenos perder; nuestros amigos, nuestros enemigos, el cuidado del cuerpo, de los bienes, de los empleos y de los negocios. Estamos espuestos á mil peligros, á mil tentaciones, á mil escándalos. Nuestra aplicacion, nuestra ansia y nuestro gran negocio debe ser rescatar, conservar, ganar este tiempo tan precioso, que se nos huye con tanta rapidez. No es nuestro el tiempo de esta vida; estamos en ella como forasteros y como caminantes; aprovechémonos de él con prudencia; gobernémole con economía; rescatémole á costa de todo lo demás. El tiempo perdido nunca vuelve; pero aprovechando bien el que nos resta, nos podemos recompensar de lo que se perdió en el pasado. Son pocos los que conocen cuánto vale el tiempo de esta vida. ¿Pero qué se hace de este precioso tiempo? Los mas no saben qué hacer de él y solo discurren el modo de perderle. Por eso hay tantos ociosos, tantos empalagados con su misma ociosidad. No hay cosa mas larga que el tiempo para los que lo pierden: no la hay mas pasajera ni mas veloz para los que le aprovechan. Contados están nuestros dias; en este puñado de ellos podemos hacer nuestra fortuna para el cielo y para la eternidad. ¡Cosa verdaderamente estraña! Esas mujeres profanas, cuya vida se reduce á una perpetua cadena de pasatiempos, de juegos, de diversiones y de ociosidad, no tienen otro tiempo para trabajar en su salvacion, que ese mismo que pierden. Cae alguna peligrosamente enferma, al punto se llama á toda prisa al confesor; se recurre á los santos sacramentos; se procuran atropelladamente aprovechar aquellos momentos fugitivos, con una razon y con una religion, digámoslo así, medio apagadas, y todo para solicitar la salvacion en aquel residuo de tiempo, habiéndose perdido miserablemente el de la vida muy á sangre fria y con entera reflexion de querer perderle. El tiempo futuro no está en nuestra mano; está únicamente en las de Dios, que nos concedió el tiempo presente como un talento de que nos ha de pedir estrecha cuenta. No esperemos á conocer

lo que vale el tiempo cuando ya sea inútil este conocimiento. Nuestra ansia por aprovecharle, bien debiera igualar á la velocidad con que corre. No hay mayor desconsuelo ni mayor desesperacion que el dolor de haber perdido el tiempo cuando ya el tiempo se huyó, y ya no hay mas tiempo para nosotros.

*El Evangelio es del capitulo 7 de S. Lucas.*

En aquel tiempo: He aquí detrás á sus pies, comenzó á que una mujer, que era pecadora en la ciudad, luego que entendió que Jesus comia en casa del fariseo, tomó un alabastro de unguento; y estando

#### MEDITACION.

*De la necesidad de la conversion.*

PUNTO PRIMERO. — Considera que es artículo de fe que Dios quiere sinceramente la conversion del pecador. No quiero la muerte eterna del pecador, dice el Señor por su Profeta; lo que quiero es, que convirtiéndose de todo corazon, y haciendo penitencia, viva eternamente en el cielo: *Sed ut magis convertatur et vivat*. Gran consuelo es saber que verdaderamente quiere Dios mi conversion, y que por grande pecador que sea, quiere absolutamente que me convierta. Por mas pecados que haya cometido, quiere Dios volverme á su amistad, restituirme á su gracia, perdonarme, y aun olvidar todos mis pecados, solo con que me convierta de veras. Para esto tengo necesidad de su gracia, y una gran gracia; pero él me la quiere dar, él me la ofrece, puesto que quiere mi conversion sinceramente. ¿Será posible que estando en mi mano convertirme, solo yo no quierá mi conversion? Y es preciso que no la quiera, puesto que no me convertiré. Dícese comunmente que bien quisiera uno convertirse; pero efectivamente no quiere el que dice quisiera. Quisiera hacerlo, si estuviera ya disgustado de aquella mala costumbre; quisierálo, con tal que nada costase á la inclinacion y al amor propio; quisierálo, como no fuera menester hacerse violencia; como se rompieran por sí mismas las cadenas que nos tienen aprisionados, como todo estuviera fácil y allanado; pero mientras hay algo que vencer solo se tiene una voluntad condicionada, una media voluntad. Quiérese uno convertir; pero imperfectamente, sin tener nada que sacrificar, y sin que nada le cueste; esto en

buenos términos es no querer convertirse. De aquí nace el que se vean el dia de hoy tan pocas conversiones, aunque hay tantas gentes con tan gran necesidad de convertirse, y que dicen que lo quieren. Esas medias voluntades entretienen y amodoran al pecador, pero no le convierten.

PUNTO SEGUNDO. — Considera que es muy corto el número de los que quieren sinceramente convertirse. En tratándose de convertirse perfectamente, se quiere, y no se quiere; ni aun se sabe bien lo que se quiere; porque muchas veces nada menos se quiere que aquello mismo que mas se afecta querer. Eternamente andamos regateando con Dios; siempre se le retiene algo de lo que se le prometió; siempre se consulta sobre lo que nos pide, y siempre se le disputan sus derechos, buscándose interpretaciones benignas para explicar en nuestro favor su voluntad. Midense escrupulosamente todos los pasos, como si temiéramos empeñarnos demasiado. Ah Señor, ¿y se procede con el mismo tiento cuando un hombre se pierde, entregándose libremente al mundo, á los pasatiempos, á la licencia de las costumbres, á los desórdenes y á la disolucion? ¿se teme entonces empeñarse demasiadamente en el mundo, y en aquella infeliz carrera que conduce á la perdicion eterna? ¿Y será posible que por Dios y por la salvacion siempre se ha de creer que se hace demasiado, ó por lo menos que se hace bastante! Y bien, mi Dios, ¿qué es lo que tememos? ¿tememos entregarnos todos á vos demasiadamente? Y no cierto porque no estemos bien persuadidos á que esta dichosa entrega seria utilísima para nosotros; pero se reze la dar este paso, porque la tibieza de una desmayada fe debilita la confianza; desconfiamos mucho, porque os amamos poco. Se sentiria romper con todos los lazos que nos tienen aprisionados en el mundo, y por eso nos contentamos con hacer pedazos algunos. Pero la verdadera conversion no entiende de cobardes contemporizaciones, no da cuartel á esas irreligiosas partijas. Como Dios es su móvil, su único fin y su principio, todo se lo sacrifica, pasiones, amor propio, honra, intereses y vida. Hace pedazos las cadenas, reduce á cenizas todos los lazos que le aprisionaban á incendios del divino amor que anima, por decirlo así, toda conversion verdadera. No se da oidos á los gritos de las pasiones, ni á las costumbres mas inveteradas, solo se presta atencion á la voz de Dios.

Dignaos, Señor, hacérmela percibir, pues estoy bien resuelto, mediante vuestra divina gracia, á oirla con docilidad. Ya no diré jamás: *Yo me convertiré*: la mudanza de mi vida, la reforma de

mis costumbres y mi humilde penitencia os dirán de aquí adelante que por vuestra infinita misericordia estoy ya convertido.

**JACULATORIAS.** — Conviérteme, Señor, y me convertiré; porque tú eres mi Dios y mi Señor. (*Jerem. 31.*)

Conviértenos, ó Dios Salvador nuestro, y aparta tu ira de nosotros. (*Psal. 84.*)

### PROPOSITOS.

1 No basta hacer bellos planes de conversion, si no se aplican medios seguros y eficaces para ponerlos por obra. Propósitos sin efecto son resoluciones vanas, que solo servirán para nuestra condenacion. La conversion sincera y eficaz es inseparable de la penitencia real y efectiva; los frutos de ésta prueban la verdad de aquélla. Conviértete desde este mismo dia, y desde luego haz frutos dignos de penitencia. Si tienes necesidad de una confesion general, comienza á disponerte para ella desde hoy, y no lo dilates para mañana. Si es menester romper algun lazo, huir de alguna ocasion, por aquí has de comenzar; desde hoy mismo has de dejar esa visita, esa conversacion, esa concurrencia; así obra el que verdaderamente quiere convertirse.

2 Pero la conversion no solo pide cortar el mal; tambien requiere que se haga el bien. Da principio por aquellos ejercicios de cristiano en que tanto te has descuidado hasta ahora: oír misa, rezar el rosario, visitar los altares, un poco de oracion y otras ciertas devociones y buenas obras que te convienen mucho, sin olvidarte de visitar todas las tardes el Santísimo Sacramento. Esta es una de las mas provechosas devociones. Da tambien algunas muestras de tu particular devocion á la santísima Virgen; fuera del rosario que la debes rezar todos los dias, visita cada semana aquella iglesia ó aquella capilla en que es particularmente reverenciada.

### DIA XXXI.

### MARTIROLOGIO.

LA VIGILIA DE TODOS LOS SANTOS.

EL TRÁNSITO DE SAN NEMESIO diácono, y de SANTA LUCILA virgen, su hija, en Roma; los cuales no queriendo dejar la fe de Cristo, fueron degollados el dia 23 de agosto (del año 254 ó 255) por orden del emperador Valeriano; sus cuerpos, que habian sido sepultados por el